



40 aniversario de la muerte de D. Marcelino Olaechea

## Don Marcelino y San Josemaría, una sincera y constante amistad

RAMÓN FITA REVERT

Delegado diocesano para las Causas de los Santos

Mons. Marcelino Olaechea y San Josemaría se conocieron en Madrid, cuando don Marcelino era director del colegio salesiano de la Ronda de Atocha y Escrivá de Balaguer, rector del vecino Real Patronato de Santa Isabel. Desde entonces mantuvieron una afectuosa amistad. El santo afirma que "nuestro mutuo cariño fue sincero y constante". José M<sup>a</sup> Escrivá le visitaba periódicamente en busca de orientación en los primeros pasos de su Opus Dei. Estaban los dos muy compenetrados.

Con ocasión de la consagración episcopal de Mons. Olaechea, Escrivá de Balaguer le regaló un cáliz a don Marcelino. Era sencillo, con unos arabescos grabados preciosos que formaban la combinación de tres letras: "D-Y-A... D-Y-A... D-Y-A... D-Y-A". Estas tres letras son el anagrama de una frase que don Josemaría solía repetir a los chicos que trataba: "Dios y Audacia". Con este cáliz, que usaba sólo él, celebraba don Marcelino todos los días la Santa Misa.

Aquella amistad se intensificó en los años de la guerra civil y persecución religiosa en España (1936-1939). Entonces don Marcelino ya era obispo de Pamplona. Cuando don Josemaría Escrivá de Balaguer escapó del Madrid rojo, se presentó en Pamplona muerto de frío y don Marcelino le ofreció hospedaje en su Palacio. En aquellos difíciles años don Marcelino abrió las puertas del Palacio Episcopal a todo el mundo. En Pamplona, siempre había otros señores que convivían con don Marcelino; algunos por largas temporadas. Entre otros señalaremos a don Carmelo Ballester, provincial de los Sacerdotes de la Misión y luego obispo de León; al padre Marcel, abad del monasterio de Montserrat;

a don Ángel Herrera Oria, que todavía era seglar, y que llegaría a ser obispo de Málaga y cardenal de la Santa Iglesia. Y, cómo no, a don Josemaría Escrivá de Balaguer, fundador del Opus Dei, aunque sus frecuentes visitas solían ser fugaces. Pero cuantas veces pasaba por Pamplona en su continuo e incansable ajeteo para atender a los socios de la Obra y a multitud de otras personas, objeto de su celo pastoral, se hospedaba en la residencia episcopal.

El 17 de diciembre de 1937 don Josemaría Escrivá se encuentra en Pamplona. Pero dejemos que sea él mismo quien nos lo cuente: "Cordialísima acogida. Almuerzo. El señor Obispo no quiere que salga de su casa para hacer ejercicios: los haré en Palacio... El Sr. Obispo me prepara unos libros para mi retiro, y me regala el Nuevo Testamento de Ballester, a quien quiere presentarme. Porque -me dice- es buena, selectísima amistad... El familiar del señor Obispo me dice que el Sr. Cardenal de Toledo quiere que le salude (él dice "quiero saludarle a V."), y presentado por el bonísimo don Marcelino (se ve que ha hecho antes una ausencia muy ponderativa), está el Dr. Gomá afectuosísimo. Hablamos un buen rato y dice, al despedirse, que "nos hemos de ver en Madrid". Se lo prometo...".

Estos conocidos personajes, y otras muchas personas anónimas, se encontraban a gusto con don Marcelino. A don Marcelino acudía mucha gente: los que batallaban en

las Cortes Constituyentes, como el Jefe de la CEDA para perfilar con él sus discursos en la Cámara de Diputados. A él acudió el católico intachable Luis Lucia, jefe de la Derecha Regional Valenciana, quien no permitía que en su presencia se hablase mal de los de izquierdas, pues tal era su fidelidad a la ley de Jesucristo que os persiguen y calumnian".

Conocedor de estas relaciones, el Cardenal Primado, Doctor Gomá, un día le dio a don Marcelino este encargo: "Dígale a Gil Robles -que andaba inquieto y preocupado en aquellos días- que he recibido su carta. Que esté tranquilo, pues es un buen hijo de la Iglesia".

Don Marcelino que, en el fondo, tenía un genio de luchador y que rara vez lo manifestaba, ante la expulsión de los Padres Jesuitas no pudo contenerse y demostró su bravura por disconformidad. El día señalado para la disolución de las Comunidades de la Compañía de Jesús, quiso acompañar en la comida al Padre Provincial y a los Padres de la Curia de Madrid y dio orden a los Directores de los Colegios Salesianos que acogieran fraternalmente a cuantos Padres Jesuitas se presentaran pidiendo asilo, Disposición que aprobó y bendijo el Rector Mayor de los Salesianos, Don Pedro Ricaldone.

Y es que las almas auténticamente de Dios siempre se han entendido bien, pues emplean el mismo lenguaje: la caridad de Cristo. Quienes hayan conocido y tratado a Mons. Marcelino Olaechea no podrán menos de manifestar y proferir los más grandes elogios de su persona y de su actuación, pues era evidente la grandeza de su alma; en ella cabían todos; todos y todas debían ser admitidos.